



# LA NOVELA REPUBLICANA DE LA GUERRA CIVIL DESDE 1975

Francisco José Peña Rodríguez  
Universidad Autónoma de Madrid

Recibido: septiembre 2017/ aceptado: octubre 2017

## RESUMEN

El artículo desarrolla un análisis sobre el corpus de novelas españolas que, tras la muerte de Franco en 1975, tienen la guerra civil como tema pero, singularmente, aquellos títulos en los que la República y los valores republicanos están claramente presentes, a modo de reivindicación ideológica o como recurso a la memoria de los hechos y personajes que los protagonizaron desde 1931 en adelante. El autor, además, traza una explicación cronológica, ejemplificando muchas de esas novelas publicadas desde 1975 hasta nuestros días.

## PALABRAS CLAVE

Literatura. Novela. Guerra Civil. República. Democracia.

## Introducción

En la narrativa española posterior a 1939, específicamente en la novela histórica con marcado carácter político y social, podemos subrayar como subtema narrativo una “novela republicana”; aquella que, tras la experiencia de la Segunda República y la tragedia de la guerra civil, muestra un compromiso estético con los valores y postulados republicanos españoles y que, por extensión, se contrapone a la “novela franquista” de los vencedores en el conflicto de 1936-1939.

La guerra civil española, como otros acontecimientos históricos internacionales, se ha ligado a la novela formando parte del apartado intelectual del conflicto; además, no es una característica singular este caso español puesto que en la tradición literaria de nuestro país se han recogido otros hitos históricos y políticos, pero sí cobra una sólida

actualidad dada la singularidad y vigencia del enfrentamiento ochenta años después; por ello, basta señalar a modo de ejemplo que en el momento en que se escribe este trabajo ven la luz dos nuevas novelas de esta categoría, a cargo de dos relevantes escritores del panorama narrativo actual: Juan Madrid (*Perros que duermen*) y Javier Cercas (*El monarca de las sombras*).

Irving Howe trazó, en su clásico ensayo sobre política y novela, una descripción precisa sobre la factura que tienen todas las obras que tratan de ligar narrativa y realidad histórica y social en un todo, no sólo construyendo una obra literaria, con toda la carga artística que conlleva, sino tomando partido por la realidad y, quizá, contaminándose de la ideología particular del escritor:

«La novela trata con sentimientos morales, pasiones y emociones; trata sobre todo de captar la cualidad de la experiencia concreta. La ideología, sin embargo, es abstracta, como debe ser, y por ende tiende a ser recalitrante cuando se hace un intento por incorporarla en la corriente de impresión sensual de las novelas. El conflicto es inevitable: la novela trata de confrontar la experiencia en su inmediatez e intimidad, mientras que la ideología es por su naturaleza general e inclusiva»<sup>1</sup>.

Es evidente que, a partir de la rebelión militar de julio de 1936, la novela se inculcó del conflicto, del mismo modo que en los años de la República la narrativa y muchos de sus ejecutores se habían posicionado abiertamente (Ramón J. Sender, Manuel Ciges, Arturo Barea, Max Aub, Ernest Hemingway o John Dos Passos) a favor de la República o de los partidos políticos que la apoyaban; al mismo tiempo, la particularidad española reside en el alto grado de politización que ésta alcanzó en los años de la contienda y, sobre todo, en la posguerra, tanto en el interior —con su propio exilio silenciado— como en el exterior con aquellos autores, extraordinariamente relevantes la inmensa mayoría, que optaron por el exilio. Ese tipo de novela mezcla, por tanto, lo puramente histórico con lo social e incluso con la experimentación (innovación narrativa) y lo meramente ficcional.

---

<sup>1</sup> Irving Howe, *Politics and the novel*, Londres, Stevens & Sons Ltd, 1961, p. 21.

Por añadidura, en el último tramo de exilio republicano y en la Transición el papel casi único de la nómina de novelistas y obras franquistas del periodo 1939-1975 comienza a invertirse, hasta ganar los bordes de una abierta reivindicación del exilio interior con autores como Julio Llamazares (*Luna de lobos*) o Rafael Chirbes (*La buena letra*), o mostrar el verdadero valor de escritores que dieron a la imprenta sus mejores obras en el exilio como Arturo Barea (*La forja de un rebelde*), Ramón J. Sender (*Réquiem por un campesino español*) y Max Aub (*Campo de los almendros*), entre otros.

La contienda ha sido reflejada narrativamente desde diferenciados puntos de vista y con diversas intenciones hasta nuestros días: no resultan igualmente ideológicas aquellas novelas que toman como trasfondo o motivo la guerra que aquellas que la tienen como eco superfluo; incluso se suele interpretar como más importante el enfoque, es decir, la intención estética y el mero hecho de recurrir a la guerra y a todo lo que de ella deriva para construir una historia más o menos solvente, aunque no menos importante es cómo se pueden clasificar esas obras. Así, los intentos por fijar una tipología, aunque útiles en muchos casos (Felipe Pedraza, Ignacio Soldevila o J. M<sup>a</sup> Martínez Cachero<sup>2</sup>), no han acotado o explicado el caso concreto de lo que denominamos “novela republicana”, dado que desarrollaban sus planteamientos dentro de un análisis global de la novela española actual.

Independientemente de lo puramente histórico, con sus diferentes factores, la guerra tuvo unas consecuencias que se han extendido en el tiempo como un elemento más de la sociedad actual; esas consecuencias han repercutido necesariamente en la literatura de los últimos cuarenta años:

«La Guerra Civil (1936-1939) produjo heridas muy profundas en la sociedad española, muchas de las cuales siguieron abiertas durante la posguerra. El hambre, la pobreza y la emigración, la represión política y el aislamiento internacional, el exilio y la censura fueron signos de una

---

2 *Vid.* Felipe B. Pedraza y Milagros Rodríguez, *Manual de literatura española. XIII. Posguerra: narradores*, Pamplona, Cénlit, 2000; Ignacio Soldevila Durante, *Historia de la novela española (1936-2000)*, Madrid, Crítica, 2001 y José M<sup>a</sup> Martínez Cachero, *La novela española entre 1936 y nuestros días*, Madrid, Castalia, 1997.

realidad dramática que fue disimulándose paulatinamente bajo la capa protectora del ‘desarrollismo’ iniciado a finales de los 50»<sup>3</sup>.

Por otra parte, en un país de tan arraigada tradición literaria y artística la guerra no resultó un episodio aislado o ligado únicamente a militares y políticos, sino que desde su inicio los intelectuales, unidos de una forma u otra a las diferentes corrientes políticas, se adscribieron al bando más afín, mayoritariamente al republicano. La guerra sirvió como campo de expresión durante tres años, como proceso identificador para los escritores y, *a posteriori*, como acontecimiento recuperador de una ideología y un tiempo de confrontación y puesta en práctica de las ideas sobre diferentes formas de gobierno: república, colectividad agraria, sociedad libertaria, revolución proletaria, estado totalitario, fascismo. Es cierto también que la identificación con uno u otro bando no fue homogénea cuantitativamente —mayor en el caso republicano, insisto<sup>4</sup>—, pero el nivel de implicación ideológica resultó casi idéntico en ambos lados y el grado de concienciación no surgió exclusivamente en el tiempo del conflicto, puesto que desde 1939 «se desarrolla una corriente de literatura comprometida que, en rigor, tiene su origen en un periodo anterior [...] y cuyas consecuencias perdurarán con posterioridad al conflicto»<sup>5</sup>.

La literatura de compromiso hay que buscarla, por tanto, en ese periodo anterior al que me refiero —siguiendo a otros críticos— mediante pautas como las establecidas por Francisco Caudet en *Las cenizas del Fénix*<sup>6</sup>, pero también más allá de nuestras fronteras. En ese sentido, el asentamiento ideológico español viene del comunismo, del socialismo, del anarquismo o del fascismo y de la secular tradición católica del país, en otros casos; no será extraño contemplar la identificación con uno de los dos bandos a algunos de los más importantes escritores del momento o de miembros de otras disciplinas de la cultura:

---

3 Jesús Arribas (ed.), en Francisco Ayala *et al.*, *Cuentos (1940-1960)*, Madrid, Castalia, 2000, p. 7.

4 Pierre Vilar, *La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 130 y 147-149.

5 Santos Sanz Villanueva (ed.), *Historia y crítica de la literatura española. IX Los nuevos nombres: 1975-1990*. Barcelona, Crítica, 1992, p. 51.

6 *Vid.* Francisco Caudet, *Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años 30*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1993, *pássim*.

«Como hecho cultural, la guerra de España tuvo un valor universal. En este sentido, todo el mundo piensa, sin duda, en Malraux, Hemingway, Orwell (señalemos que en los países anglosajones, las Brigadas Internacionales reclutaron muchos intelectuales, en tanto que en otras partes, sobre todo en Francia, el reclutamiento fue de índole más popular)»<sup>7</sup>.

La Segunda República, en tanto que régimen político, bando contendiente en la guerra civil y forma de gobierno que acarrió el compromiso político de numerosos e importantes escritores españoles y extranjeros, subrayo, aparece reflejada en la narrativa ya desde 1937 con la primera novela de la guerra civil, *Gavroche en el parapeto*, de Antonio Otero Seco y Elías Palma (enero de 1937). Además, a partir de abril de 1939 la mayor parte del canon narrativo republicano sobre la guerra se desarrolló en el exilio, ya que durante el régimen de Franco en España publicó únicamente el grueso de novelistas cercanos al bando vencedor (Agustín de Foxá, Rafael García Serrano, Pedro de Lorenzo, Juan Antonio de Zunzunegui); no obstante, como se ha escrito, con la llegada de la democracia el bando republicano se vio reivindicado también desde el interior por autores que habían estado ligados psicológicamente con la República, pero que no habían vivido los acontecimientos sociales anteriores ni tampoco el exilio (Juan Iturralde, Rafael Chirbes, Julio Llamazares, Luis Mateo Díez, José María Merino).

De ese modo, las bases democráticas establecidas tras la muerte del general Franco supusieron un marco adecuado y propicio para el desarrollo literario que se necesitaba desde que autores como Juan Benet o Luis Martín Santos pusieran en revisión los presupuestos del “realismo social” de los años sesenta. Por ello, Gareth Thomas ha clarificado que previamente se fue «a la novela social porque las circunstancias impidieron la gran novela de la guerra civil»<sup>8</sup>: de ahí que la irrupción de *Volverás a Región* (1967) de Juan Benet en el panorama literario suponga no sólo la revisión de esa novela social, sino el inicio de una renovación del tema de la guerra civil que continuará en adelante

---

<sup>7</sup> Pierre Vilar, *op. cit.*, p. 148.

<sup>8</sup> Gareth Thomas, *The novel of the Spanish Civil War (1936-1939)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 223.

y, especialmente, a partir de 1975. La obra constituye un abigarrado relato que transcurre en el imaginario entorno (republicano) de Región, trasunto literario de España y preludio de su monumental *Herrumbrosas lanzas* (1983-1985). El propio Benet aclaraba en 1983 que:

«La esencia del argumento de *Herrumbrosas lanzas* es la historia de una campaña, de una campaña de primavera, una campaña de auxilio, de socorro, de tantas como lanzó la República para sacudirse el asedio de Madrid. El primer libro trata de los preparativos, de la decisión de lanzar esa campaña; en los volúmenes sucesivos, surgirá el desarrollo de esa campaña, con unos primeros éxitos y con un fracaso final, y en una tercera parte, para dividirlo en tres partes, pues será la hecatombe, la derrota final, la muerte o la desaparición de todos los protagonistas»<sup>9</sup>.

En adelante, la representación literaria de la guerra civil implicaría un nuevo enfoque de la novela, tanto formal como temático y supuso, asimismo, un distanciamiento de la novela social y la aparición de nuevos nombres en las letras españolas. A Juan Benet le seguirá Javier Marías, su discípulo, pero también Julio Llamazares, Francisco Umbral, Rafael Chirbes o Antonio Muñoz Molina, entre otros. La guerra y el compromiso republicano se veían así reforzados literariamente y en lo sucesivo asistiríamos a la aparición de títulos que ya no únicamente reivindicaban el papel de la República en el conflicto o el de quienes se vieron obligados al exilio, sino que surgió un compromiso desde la novela que difería mucho de los presupuestos anteriores como la evasión de la novela social.

## **1. La novela en la Transición: más guerra que República**

Como se decía, con el final del franquismo aparece una oleada de novelas cuyos personajes y reivindicación política y social se acercan psicológicamente a la República. En ese sentido, tras la larga dictadura, los autores exiliados o censurados hasta entonces reeditan títulos a los que el público no había podido acceder en España: es el momento de la recuperación, como se ha citado, de Arturo Barea (*La forja de un rebelde*),

---

<sup>9</sup> Cit. José María de Guelbenzu, “La guerra de Juan Benet”, en *Revista de Libros*, núm. 31-32 (1.8.1999), *online*.

Max Aub (*El laberinto mágico*), Ramón J. Sender (*Crónica del alba*) o Francisco Ayala, pero también del *Si te dicen que caí* prohibido de Juan Marsé (1973). Análogamente, otros autores de militancia ideológica próxima a la República muestran abiertamente su identificación o compromiso republicano a través de sus novelas bien con planteamiento político, bien como trasfondo en el contexto temático general de la obra.

Este trabajo no pretende ser el censo de esa novela, sino una pincelada —aunque suponga, en definitiva, un pequeño canon— de la presencia de lo republicano en la novela española contemporánea entre la muerte de Franco y nuestros días, cuando por ejemplo Lorenzo Silva, en *Recordarán tu nombre* (2017), trata la historia de un militar casi olvidado (el general Aranguren) que se mantuvo fiel a la República en la Barcelona de julio de 1936. Por sus páginas transitan, además, los abuelos del autor, militares igualmente fieles a la República y represaliados posteriormente por los vencedores de la contienda.

Así pues, durante la Transición (1976-1982) algunas novelas recuperaron la República y el republicanismo como tema o trasfondo narrativo, sin los pliegues de la censura; reivindicación, como se ha escrito, que hasta ese momento había sido campo (casi) propio de los autores del exilio. No obstante, no existe una gran novela republicana, a no ser que entendamos como tal el conjunto de títulos que se comprometieron a recuperar y a poner en valor lo que para la historia fue la República Española. Se publican entonces *En el día de hoy* (Premio Planeta 1976), de Jesús Torbado o la *Autobiografía de Federico Sánchez* (Premio Planeta 1977), de Jorge Semprún. La primera entra en el campo de la historia-ficción representando el triunfo del ejército republicano en la guerra civil y la segunda se debe entender, desde mi punto de vista, como un ajuste de cuentas ideológico-narrativo entre distintos enfoques de la izquierda en la oposición y resistencia al franquismo, singularmente en el seno del PCE. Igualmente, por esos años se reedita *Los niños que perdimos la guerra*, de Luis Garrido, novela de 1971 puesta en valor, con singular acierto, por Maryse Bertrand de Muñoz en los meses previos a la democracia. Su autor, hijo del bibliotecario de la Facultad de San Carlos encarcelado tras la guerra y protagonista en obras posteriores, evoca la evacuación a Murcia de los niños del Madrid republicano de noviembre de 1936 que fueron acogidos por

familias levantinas y alimentados por los cuáqueros norteamericanos, desplazados desde EE.UU. a la zona leal a la República.

Paralelamente, en 1979 Juan Iturralde (seudónimo de José María Pérez-Prat) publicó *Días de llamas*, protagonizada por un juez republicano encarcelado por las milicias del Madrid de 1936 a raíz de una sentencia dictada por él mismo y con la que se hallan en desacuerdo; la novela, desarrollada con un *flash back* excelentemente trazado, implica una seria reflexión sobre la República desde el compromiso con la propia República. Además, Pérez-Prat, abogado madrileño incorporado tardíamente a la novela, mantuvo una interesante correspondencia con José María Gironella (*Un millón de muertos*), actualmente en poder de su hijo Alejandro Pérez-Prat<sup>10</sup>. De las cartas que se conservan se puede deducir que la escritura de *Días de llamas* —elogiada en esos días por Carmen Martín Gaité, Miguel García-Posada o Juan Benet y más tarde por Luis Mateo Díez<sup>11</sup>— se remonta a 1958. En ese sentido, Juan Iturralde debe considerarse un autor del exilio interior, cuya obra únicamente ve la luz con el final de la dictadura. Él mismo explicará que:

«Mis ideas demócratas y de izquierdas vienen de antiguo. Quizá desde un mes después de que la guerra acabara. ¡Vi tantas barbaridades y disparates en el fascismo! Tampoco es que lo mío fuera una conversión a lo San Pablo. Fue una evolución lenta fruto a la vez de la emoción y de la reflexión. Yo estaba muy marcado por mi familia tradicionalista y por una pésima educación en los jesuitas»<sup>12</sup>.

Merece la pena citar que el 20 de abril de 1958 Gironella, desde Finlandia, habla tanto de *Un millón de muertos* como de *Días de llamas* y algunos meses después, el 27 de noviembre de 1958, el autor de

---

10 Entrevista con Alejandro Pérez-Prat Madera, Majadahonda (Madrid), 5 de mayo de 2003.

11 «Esta novela, que muchos críticos consideran, y seguro que con toda razón, como la más importante que se ha escrito sobre nuestra guerra civil, se publicó por primera vez en 1979 y corrió un destino bastante precario». Luis Mateo Díez, “El desastre de la guerra”, en *Guía del ocio*, marzo de 1987, p. 50.

12 Javier Belmonte, “Agoté mis reservas de miedo durante la guerra” (entrevista con Juan Iturralde), en *El Periódico de Catalunya*, 1988. Cfr. [www.geocities.com/aperezprat/entrevista.htm](http://www.geocities.com/aperezprat/entrevista.htm).

Gerona vuelve a mencionar la futura novela de 1979, en esta ocasión desde Zúrich. Así, la novela que más tarde será reivindicada como la obra clave sobre la guerra permitirá reflexiones de alta intensidad retrospectiva; en esa línea, las noticias de uno y otro lado sirven para que el juez protagonista elabore su propia conclusión ante lo que está pasando. Esta crítica social, sin posicionamiento previo, supone un rasgo particular para hablar de *Días de llamas* como “posiblemente la gran novela de la guerra civil”:

«¿Pero qué crees tú que está pasando en la otra zona? ¿No te han contado la matanza de la plaza de toros de Badajoz? Cerca de dos mil milicianos ametrallados por haber resistido. Y en Valladolid va tanta gente a ver las ejecuciones que han instalado puestos de churros en el Campo de San Isidro, que es donde los fusilan. Y en Calatayud va la banda del pueblo delante, tocando pasodobles. Y en Mérida, en Pamplona, en Sevilla... Y han fusilado a la mujer del gobernador civil de La Coruña, que estaba embarazada. ¿Quieres que continúe?»<sup>13</sup>.

Volviendo a un enfoque más amplio, esos primeros años de la Transición recuperaron de forma efectiva una novela que tenía como compromiso estético la recuperación social del republicanismo; en ese momento, el discurso narrativo va más allá del análisis de la guerra civil como hecho bélico y político, que abarca la inmensa mayoría de la nómina de novelas sobre el asunto hasta entonces. Acerca de esa línea preliminar contamos con un segundo trabajo de la profesora Maryse Bertrand de Muñoz, “La guerra civile spagnola nel romanzo, nel teatro e nel cinema dopo la morte di Franco” (1999), que incorpora una bibliografía elocuente y amplia que facilita una visión comprensiva del desarrollo novelístico pro-republicano después de 1975<sup>14</sup>.

Al hilo de *Las últimas banderas* (1967) del antiguo anarquista Ángel María de Lera, en los primeros momentos de la Transición

---

13 Juan Iturralde, *Días de llamas*, Barcelona, Debate, 2002, p. 215.

14 En Luca Alessandrini (coord.), *Immagini nemiche la guerra civile spagnola e le sue rappresentazioni 1936-1939*, Editrice Compositori, 1999, pp. 150-167. Véase también de esta autora “La Guerra Civil de 1936-1939 en la novela española del último decenio del siglo XX”, en *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Tomo II* (ed. Carlos Alvar), Madrid, Castalia, 2000, pp. 495-503.

podemos destacar algunas novelas singulares como *Oscuro amanecer*, del propio Lera, en la que el protagonista de la anterior novela sale ahora en libertad y se siente extraño en la realidad que le circunda, que no es otra que la del régimen franquista; *El desfile de la Victoria* (1976), de Fernando Díaz-Plaja, inaugura la historia-ficción sobre la guerra y *Diario de guerra de un soldado* (1976), de Vicente Salas Viu, se inmiscuye en el proceso de construcción del Ejército Popular de la República a partir de las milicias de 1936. No pueden faltar en este recuento de la primera parte de la Transición (1976-1977) Carlos Rojas, con sus fabuladas *Memorias inéditas de José Antonio Primo de Rivera* (Premio Ateneo de Sevilla 1977), ni *Novela de Andrés Choz* (1976), ópera prima de José María Merino que introduce la guerra civil desde el punto de vista republicano como tema en su narrativa<sup>15</sup>.

Por el contrario, el franquismo militante apenas ocupa más allá de tres o cuatro nombres (Torcuato Luca de Tena, Ángel Palomino, Rafael García Serrano) de entre los que destaca el abogado valenciano Fernando Vizcaíno Casas, en orden a sus millones de libros vendidos en la Transición con novelas de historia-ficción pro-franquistas cargadas de humor, tendenciosidad y escasa factura estética. El profesor Darío Villanueva añadirá que «el éxito más ruidoso de esta novela política degradada es una obra de 1978 que narra la resurrección de Franco, y su autor, Fernando Vizcaíno Casas, la representa arquetípicamente desde su posición ideológica ultramontana»<sup>16</sup>. De algunas que citaremos más adelante (*Zona Roja*, 1986 o *La sangre también es roja*, 1996) nos sirve la estampa, maniquea en numerosas secuencias, de Valencia como capital de la República durante la guerra.

Además, en estos primeros pasos de la novela partidaria de la República en democracia quedaron en el camino títulos hoy absolutamente olvidados pero que, a raíz de su publicación, implicaron una apuesta singular por la novela histórica. Desde mi punto de vista *Don Manuel o la agricultura*, de Bernardo Carande, podía haber abierto la espita de la novela sobre la Primera República (1873), que también Ramón J. Sender reflejó con anterioridad en su *Mister Witt en el cantón*,

---

15 Una visión más extensa por Darío Villanueva, “La novela”, en Xesús Alonso Montero et al., *El año literario español 1977*, Madrid, Castalia, 1977, pp. 9-36.

16 Darío Villanueva, “La restauración de la narratividad”, en *ibid.*, p. 292.

pero no se pasó de este intento documentado y ambicioso, ambientado en la Restauración Alfonsina del siglo XIX y con un protagonista republicano decimonónico.

Vista en perspectiva, la novela republicana de la Transición además de recuperar el discurso silenciado por la dictadura y de reivindicar el punto de vista histórico —pero también el político, social y cultural— republicano, inaugura una temática dentro del género narrativo que continúa, no sin altibajos temporales, en nuestros días. Igualmente, otras novelas que entonces pasaron casi desapercibidas en el marasmo cultural propio de la naciente democracia, se convertirán andado el tiempo en clásicos de la narrativa actual; así, a las ya citadas podemos añadir las estampas de *Largo noviembre de Madrid*, de Juan Eduardo Zúñiga, que años más tarde será incluso obligada lectura en algunas universidades norteamericanas<sup>17</sup>.

Desde mi punto de vista, los pasos narrativos a favor de la República en este tiempo adelantan un ciclo, materializado en los años ochenta, de recuperación de la memoria histórica a través de la novela de marcado carácter militante.

## 2. Los años ochenta y noventa: tímido republicanismo en la novela

La década de 1980 implicará la recuperación efectiva del discurso y del personaje republicano en la novela, más allá de las circunstancias políticas del momento (golpe de Estado del 23-F de 1981; victoria del PSOE en las elecciones generales de 1982). Además, también es el momento en el que el ámbito cultural vuelve su mirada hacia quienes se vieron obligados a abandonar España en 1939, con su particular símbolo en el regreso del *Guernica* de Pablo Picasso a España. Más aún, José Luis Garci obtuvo el ‘Óscar a la Mejor Película de Habla No Inglesa’ en 1982 con *Volver a empezar*, que desarrolla el regreso a España de un escritor exiliado, en los últimos meses de su vida, tras obtener el Premio

---

17 Los alumnos de Dartmouth College (New Hampshire, EE.UU.) que cursaron el trimestre *off campus* de septiembre a diciembre de 2001 en la Universidad Autónoma de Madrid, siendo el autor de este trabajo su Assistant Teacher, leyeron la citada obra de Juan Eduardo Zúñiga.

Nobel de Literatura: todo un canto a la reconciliación de los españoles, pero al mismo tiempo un homenaje a la intelectualidad exiliada.

Así pues, es en esos años, con la transición política casi concluida, cuando despuntan nombres como los de Francisco Umbral, Luis Mateo Díez, José María Merino, Juan José Millás, Rafael Chirbes, Julio Llamazares, Javier Marías o Antonio Muñoz Molina, entre otros. A lo largo de esta década verán la luz novelas tan singulares como *Jaque a la dama* (Premio Planeta 1982) de Jesús Fernández Santos; *La buena letra*, de Chirbes; *Beatus ille*, de Muñoz Molina o *Luna de lobos*, de Llamazares, la cual se abre con esta singular reflexión:

«En el otoño de 1937, derrumbado el frente republicano de Asturias y con el mar negando ya toda posibilidad de retroceso, cientos de huidos se refugian en las frondosas y escarpadas soledades de la Cordillera Cantábrica con el único objetivo de escapar a la represión del ejército vencedor y esperar el momento propicio para reagruparse y reemprender la lucha o para escapar a alguna de las zonas del país que aún permanecían bajo control gubernamental.

Muchos de ellos quedarían para siempre, abatidos por las balas, en cualquier lugar de aquellas en otro tiempo pacíficas montañas. Otros, los menos, conseguirían tras múltiples penalidades alcanzar la frontera y el exilio. Pero todos, sin excepción, dejaron en el empeño los mejores años de sus vidas y una estela imborrable y legendaria en la memoria popular»<sup>18</sup>.

Análogamente, otra novela actualmente olvidada, *La guerra del general Escobar* (Premio Planeta 1983), de José Luis Olaizola, recuperaba la voz de aquel militar, fiel a la República, fusilado por no rebelarse contra ella. En la narración, en primera persona, el general católico y defensor de la legalidad republicana mezcla recuerdos de su pasado personal, su infancia y juventud o sus hijos con el planteamiento político que le llevó a permanecer leal al gobierno de la República y por el cual se enfrenta, en el momento del relato, a su condena a muerte. En 2017 el mismo autor volverá a recuperar la voz de otro personaje republicano, el anarquista Melchor Rodríguez, en una obra de similares

---

18 Julio Llamazares, *Luna de lobos*, Barcelona, Seix Barral, 1985, p. 7.

características formales titulada *El anarquista indómito. La leyenda del ángel rojo*.

En 1986 Antonio Muñoz Molina publicó una novela cuyo trasfondo histórico sería la guerra civil<sup>19</sup>: la historia de un asesinato que se desarrolla en el irreal pueblo de Mágina y que dota a la novela de un cierto carácter policiaco, o quizá resulte una suerte de novela policiaca desarrollada con un trasfondo histórico concreto, perfectamente reconocible en el contexto del estudio que nos ocupa. Por extensión, algunos años después Joaquín Leguina publicó *Tu nombre envenena mis sueños* (1992), obra en la que se mezclan un tiempo histórico preciso (la posguerra) y otro referido y muy cercano al tiempo del relato (la guerra civil); a simple vista la trama puede llevarnos a una interpretación superficial encuadrada, como *Beatus Ille*, dentro de la novela policiaca o novela negra, aunque los protagonistas son eminentemente republicanos.

Paralelamente, ese mismo 1986 vio la luz *Zona roja*, de Fernando Vizcaíno Casas. Al margen del lenguaje periodístico, el planteamiento partidista y el tono autobiográfico de la novela, su valor en el contexto de nuestro estudio reside en el reflejo de la vida cotidiana en Valencia, cuando la ciudad fue capital de la Segunda República. El escritor se justificaría años más tarde, al hilo de este título, matizando que:

«Como en toda historia protagonizada por hombres de carne y hueso, hubo *buenos* y *malos* en ambos bandos, sin que forzosamente la adscripción ideológica determinase conductas moralmente arquetípicas. Tal fue la verdad de la guerra civil, donde coexistieron los más nobles y hermosos gestos con conductas viles y mezquinas. Y ello, tanto en la zona roja como en la nacional; que no en vano eran españoles quienes poblaban una y otra. No me corresponde efectuar valoraciones ni creo que, medio siglo después, debamos hacer blancos comparativos»<sup>20</sup>.

Andado el tiempo este mismo autor publicaría *Los rojos ganaron la guerra* (1989), en la que haciendo uso de un punto de vista de

---

19 Antonio Muñoz Molina, *Beatus Ille*, Barcelona, Seix Barral.

20 Fernando Vizcaíno Casas, *España viva (y viceversa)* (ed. Miguel Platón), Madrid, Espasa-Calpe, 1994, pp. 57-58.

historia-ficción intenta plantear una situación similar a la trazada por Jesús Torbado en *En el día de hoy*. Sin embargo, la novela del abogado valenciano no es más que un *best seller* cercano al *astracán*, que adolece de cierto maniqueísmo y muy lejana estéticamente de la notable factura de la novela de Torbado. Más aún, *La sangre también es roja* (1996) sería su última novela sobre la guerra civil, resultando una mera reescritura de *Zona roja*.

Otro punto es el resto de la producción narrativa de los años ochenta con marcado discurso pro-republicano. El caso de Manuel Vázquez Montalbán y su excomunista comisario Pepe Carvalho podría servirnos de ejemplo fuera del realismo de la *detective novel* que supone toda la serie; no obstante, el republicanismo únicamente subyace entre líneas en las alusiones al pasado, como en *Asesinato en el Comité Central* (1981). Sobre el autor, José Colmeiro puntualiza que «la memoria del franquismo y más remotamente de la guerra civil, irrumpen reiteradamente en la serie de manera espectral, mostrando sus ramificaciones en el presente, convirtiéndose así la serie en una especie de antídoto contra la desmemorización y el “pacto de olvido” característicos de la Transición»<sup>21</sup>.

Por otra parte, aquella novela de los ochenta dejó una serie de títulos que merece la pena analizar desde un punto de vista histórico y político como obras que intentan mostrar lo que realmente fue la República o sus valores sociales. En consecuencia, es preciso pararse a mencionar el reflejo de los años republicanos en la Asturias de *Los Jinetes del alba* (1984), de Jesús Fernández Santos, recientemente reeditada por El Reino de Cordelia. Asimismo, José Luis Sampedro retratará también los años republicanos en *Octubre, octubre* (1981) y Miguel Delibes la guerra civil en *377A, madera de héroe* (1987), este último desde la mirada de la infancia.

A pesar de todo, el intento totalizador de una novela que se centra en el punto de vista republicano lo debemos a Juan Benet en su monumental *Herrumbrosas lanzas* (1983-1985). El autor, que había recuperado el tema guerracivilista en *Volverás a Región* (1967) y había avanzado sus planteamientos en *Saúl ante Samuel* (1981) culminará

---

21 José F. Colmeiro, “Novela policiaca, novela política”, en *Lectora 21* (2015), p. 24.

ahora el imaginario escenario de Región, trasunto de la España republicana. Conviene destacar que Juan Benet creó, al modo de Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*, este paisaje de Región como una comarca en la que se desarrollan acontecimientos bélicos y políticos coincidentes e identificables con el bando republicano; en suma, ese paisaje y las sagas familiares que lo ocupan se dejó ver en casi toda la producción del autor, desde sus cuentos de los años cincuenta hasta estas *Herrumbrosas lanzas*. A mi modo de ver, conjuntamente con *Saúl ante Samuel* (1981) y la ópera prima *Volverás a Región* configura una trilogía que desempeña un importante papel no sólo en la novela de la guerra, sino en la recuperación del punto de vista republicano.

La década de 1990 devino en una cierta retracción narrativa del tema guerracivilista, así como del punto de vista republicano y, en menor medida, facilitó la vuelta a novelas de evasión frente a la novela histórica. A esa altura, desde *La verdad sobre el caso Savolta* (1975) de Eduardo Mendoza, el recurso al pasado español, más o menos reciente, había resultado una evidencia como trasfondo temporal de la novela actual.

No obstante, esa misma década vieron la luz algunas novelas muy singulares que, incluso difuminando la guerra en el compromiso republicano, debemos poner en valor en el significado completo del trabajo que nos ocupa. Así, Josefina R. Aldecoa publicaría *Historia de una maestra* (1990), *Mujeres de negro* (1994) y *La fuerza del destino* (1997), una suerte de trilogía protagonizada por una maestra republicana que, tras el estallido de la guerra y el asesinato de su marido —también maestro republicano—, vivirá el exilio en México junto a su hija, así como el regreso a España tras la muerte del dictador. Aldecoa, una de las narradoras más interesantes e inteligentes de la Generación del 50, adopta una decidida defensa de los valores educativos y culturales de la República en estas obras suyas de madurez.

Por otro lado, Francisco Umbral desarrolló un discurso cercano a la República a través de diversas estrategias narrativas puestas en marcha desde *Los helechos arborescentes* (1980). En ese sentido, la prosa lírica y mordaz (*Pío XII, la escolta mora y un general sin un ojo*, 1985; *La leyenda del César visionario*, 1992), la prosa autobiográfica (*Madrid 1940. Memorias de un joven fascista*, 1993) e incluso unas tempranas memorias (*El hijo de Greta Garbo*, 1977), en las que pone en

valor el modelo de mujer republicana que fue su madre, sirven de punto de vista narrativo para desarrollar el tema histórico. Además, en 1996 publicó *Capital del dolor*, una novela menor en el contexto de su obra que refleja el terror ejercido en la retaguardia castellana (¿Valladolid? ¿León?) por los falangistas contra ciudadanos republicanos, verdadero retrato de la represión franquista.

A su vez, en esta década tuvieron cabida otras obras que, aun tomando la República y lo republicano como trasfondo difuso en discursos narrativos con otras intenciones, no necesariamente históricas o políticas, deben ser incorporadas a nuestro planteamiento temático. Joaquín Leguina entra de lleno en la novela policiaca con *Tu nombre envenena mis sueños* (1992), cuyo protagonista-investigador en la posguerra, que había ejercido en el Madrid republicano, debe tomarse como prototipo de la *tercera España*. Esta novela, que luego llevaría al cine Pilar Miró, revela que un político relevante es capaz de firmar una obra de ficción bien hecha e interesante, que suma un excelente distanciamiento político e histórico en todo el relato. Además, contiene una mirada retrospectiva cargada de sentimentalismo, al tiempo que una identificación con el presente que supone una mirada crítica hacia el pasado e incide en la yuxtaposición de planos guerra civil vs posguerra<sup>22</sup>.

Del mismo modo, *Los disparos del cazador* (1994), de Rafael Chirbes, servirá de continuación de *La larga marcha*, pero con distinta implicación histórica pro-republicana. Merece la pena, asimismo, citar una novela menor de Gonzalo Torrente Ballester: *La boda de Chon Recalde* (1995). Aunque carece de relevancia en el contexto de la obra del escritor gallego, el personaje de Chon Recalde, hija de un marino de la República fusilado en la posguerra, implica una reivindicación del prototipo de mujer republicana que desapareció bajo los principios morales del franquismo<sup>23</sup>.

---

22 Vid. Francisco José Peña Rodríguez, *La obra literaria de Joaquín Leguina (1985-2006)*, Madrid, Pliegos, 2012, *pássim*. El lector hallará también un amplio estudio del resto de novelas dedicadas por Joaquín Leguina a la guerra civil o aquellas que la tienen como trasfondo, alusión o recurso memorístico.

23 Tras una primera etapa falangista, en *Los gozos y las sombras*, trilogía ambientada en la Galicia de la II República y publicada a partir de 1957, Torrente Ballester describe la vida cotidiana y las relaciones sociales en el medio rural de los años treinta.

Consideremos ahora la obra de Manuel Rivas. Del escritor gallego merece la pena pararse en *¿Qué me quieres, amor?* (Premio Nacional de Narrativa 1996), colección de cuentos dentro de la cual se recoge “La lengua de las mariposas”, relato del cual posteriormente José Luis Cuerda realizaría una versión cinematográfica de considerable —y merecido— éxito. Dos años más tarde daría a la luz *El lápiz del carpintero* (*O lapis do carpinteiro*, en su inicial versión en gallego), una historia centrada en el Santiago de Compostela de 1936 que afecta a un pintor republicano y a través de la cual se indaga en los azares de hombres y mujeres durante la guerra civil. Lo político —siempre bien documentado en la historia— tiene principal hueco en esta novela que, del mismo modo, tuvo rápidamente su versión cinematográfica:

«Cuando se recuperó, el doctor Da Barca fue sometido a consejo de guerra y condenado a muerte. Se le consideraba uno de los dirigentes del Frente Popular, coalición política de la “Anti-España”, propagandista del Estatuto de Autonomía de Galicia, de tendencia “separatista”, y uno de los cerebros del “comité revolucionario” que organizó la resistencia contra el “glorioso Movimiento” de 1936 [...] El caso del doctor Da Barca había trascendido al exterior y se había desatado una campaña internacional para conseguir su indulto. No es que el bando alzado fuese muy sensible a este tipo de llamamientos»<sup>24</sup>.

Como se ha escrito, la democracia implicó una nueva novela histórica que, al evocar la República, ligó en numerosísimos casos los valores de la misma con la guerra civil, trágico final para el régimen que vivió España entre 1931 y 1936. Por ello, coincido con la profesora Concepción Grande-González cuando afirma que «la mayoría de los críticos parece coincidir en que el tema de la guerra civil se está utilizando cada vez menos en la novela española»<sup>25</sup> en los años noventa; problema efímero, no obstante, que acabó con la publicación de *Soldados de Salamina* (2001), de Javier Cercas.

---

24 Manuel Rivas, *El lápiz del carpintero*, Madrid, Alfaguara, 1998, pp. 75-76.

25 Concepción Grande-González, *La guerra civil en la novela de la democracia: en busca de una identidad perdida*, Boston, Massachusetts University Press, 1993, p. 102.

### 3. El siglo XXI o el renacimiento de la novela sobre la guerra

El siglo XXI será el de la intensa recuperación temática de la guerra civil en la narrativa española y, al mismo tiempo, el posicionamiento histórico, político, ideológico y estético con las ideas republicanas se hará mucho más evidente. A raíz de la publicación de *Soldados de Salamina* en 2001, de Javier Cercas, se intensificó una reivindicación de la guerra como pasado inmediato sobre el que construir un relato, a modo de memoria colectiva, que se materializó en más de medio centenar de títulos tan sólo en el primer semestre de 2002. El original planteamiento estético de Cercas, en torno al final de la guerra civil y la noble acción de un soldado republicano en un episodio desconocidísimo de Rafael Sánchez Mazas, además de la posterior versión cinematográfica, supuso un cambio de perspectiva en cuanto a la visión de la guerra de 1936 como materia novelable; de ahí que importantes plumas de nuestra literatura se sintieran en la necesidad de transmitir un discurso narrativo que buceara en el trasfondo político de los años treinta y la guerra civil, a veces tan claramente del lado republicano como *La sima* (2002) o *Fantasma del invierno* (2004) de los académicos leoneses José María Merino y Luis Mateo Díez. Paralelamente, el ambicioso *Tu rostro mañana* (2002), del también académico Javier Marías, heredero literario de Juan Benet, recuerda al proyecto de su maestro. Sobre esta obra, una trilogía que se irá dando a conocer hasta 2007, resumió inicialmente el crítico Miguel García-Posada como puntos fuertes:

«Citar algunos de estos motivos, la represión del POUM trostkista durante la guerra civil, una gota de sangre, la traición, el militar golpista, los escrutinios psicológicos del interlocutor, el preconocimiento de las personas, la visión del cuerpo de una muchacha, los avisos a la población durante la guerra para que no hablara en público (se reproducen algunas ilustraciones), las asociaciones entre dos imágenes...»<sup>26</sup>.

Por otra parte, es imposible analizar los diecisiete años del presente siglo, en cuanto a novela política guerracivilista española se refiere, en un breve apartado como este, ya que posiblemente la nómina de títulos supere los doscientos desde 2001. Estos últimos quince años

---

26 Miguel García-Posada, "Del poder y descrédito de la palabra", en *ABC Cultural*, 561 (26-X-2002), p. 15.

nos han permitido asistir a la publicación de obras de especial importancia para la temática político-bélica: la narrativa española ha asistido a la desaparición de discursos difuminados para dar luz sobre relatos más explícitos, como se verá en el siguiente punto de este trabajo. Por añadidura, la diversidad de enfoques nos permite acercarnos a novelas de extraordinaria factura como *La noche de los tiempos* (2009), del académico Antonio Muñoz Molina, o *Tres días de agosto* (2016), de Jordi Sierra i Fabra, ambas además de corte detectivesco en tiempos de guerra y posguerra.

Más aún, el amplio espectro editorial que se abre en España con el nuevo siglo facilita que nombres no del todo conocidos publiquen obras que, fuera de grandes círculos literarios, quizás no hubieran visto la luz. Así, Juan Carlos Arce bucea en *La noche desnuda* (2008) en la figura del anarquista Andreu Nin y su trágica muerte en Barcelona en 1937; el periodista Pedro Luis Gómez refleja la Málaga republicana en *Las cenizas de Cristo* (2009), tomando como pretexto la idea de la no desaparición del Cristo de Pedro de Mena en mayo de 1931; y el librero Luis Garrido Martínez, en *El caballo del malo siempre era blanco* (2007), vuelve de nuevo la mirada nostálgica hacia la juventud republicana. Por su parte, el hispano-mexicano Raúl Morales Góngora novelará en *Luisa la española* (2015) la vida en el exilio de sus suegros, militar él del Ejército de la República<sup>27</sup>.

En otro orden de cosas, únicamente *Falcó* (2016), de Arturo Pérez Reverte, se muestra crítica con la organización social de la España republicana, en cuanto a protección de centros gubernamentales y logísticos de la República en la ciudad de Cartagena; una postura estética que apenas aparecía en la narrativa desde las novelas del ya citado Fernando Vizcaíno Casas. Esto nos lleva a colegir que la mayoría de los escritores, casi sin excepción, se proponen recuperar para la historiografía literaria el bando republicano, desde dispares planteamientos temáticos, en confrontación con la ingente nómina narrativa bajo el régimen franquista y la suave recuperación hasta el siglo XXI que hemos hecho

---

27 Sobre las nuevas editoriales el crítico Adolfo Torrecilla escribe que «podemos apuntar la coexistencia de una apabullante literatura comercial con una literatura minoritaria que se dirige a un lector más literario y más interesado en la calidad literaria». Adolfo Torrecilla, “La última novela española, asediada por la literatura comercial”, en *Nueva Revista*, núm. 159 (octubre 2016), p. 92.

notar en este estudio. A partir de ello, la literatura que se realiza desde mediados de los años noventa, fundamentalmente dirigida a jóvenes nacidos después de la muerte de Franco y educados en democracia, se centra en presentar el acontecimiento por encima de cualquier interés puramente narratológico o experimental pero, paralelamente a la recuperación del tema y a la reivindicación republicana existe, en muchos casos, un empobrecimiento formal<sup>28</sup>.

#### **4. Escritoras, novela histórica y República**

El lector habrá advertido que la nómina de autores de novela política sobre la guerra civil que venimos reseñando en este trabajo únicamente ha aludido a Josefina Rodríguez Aldecoa. Pese a ello, el conflicto bélico ha ocupado las páginas de las novelistas más importantes de nuestra narrativa actual, aunque singularmente en el siglo XXI.

Es preciso hacer mención, en primer lugar, a que la guerra civil fue el motivo de novelas debidas a la pluma de Mercè Rodorera (*Plaza del diamante*), Elena Fortún (*Celia en la revolución*), Carmen Kurtz (*El desconocido*, Premio Planeta 1956) o Dolores Medio (*Diario de una maestra*), junto a la citada Aldecoa; la importancia de estas obras se debe situar en los años anteriores a los que se recogen en este estudio, a excepción del relato de E. Fortún, de 1987. Desde mi punto de vista esa circunstancia no implica un desinterés de nuestras escritoras por el tema, tampoco un menor compromiso estético con el pasado más reciente, sino que la narrativa de mujeres apostó más abiertamente por la experimentación que por la temática histórica hasta entrado el siglo XXI.

No obstante, en plena Transición la polifacética Teresa March firmó con su nombre —y no con seudónimo, con solía— *Los inocentes* (1978) y debieron transcurrir tres lustros hasta que Marina Mayoral publicara *Recóndita armonía* (1994); además, en 1997 vio la luz *La hija del Caníbal*, de Rosa Montero. Estas tres obras contribuyen, desde una estética influenciada por la memoria, al relato histórico-político posterior a 1975.

---

28 Como ejemplo, sobre Eduardo Mendoza escribe Adolfo Torrecilla que «ni siquiera *Riña de gatos*, premio Planeta 2010, ambientada en la guerra civil, está a la altura de las anteriores». Cfr. Adolfo Torrecilla, *art. cit.*, p. 96.

Por otro lado, el profesor Francisco Javier Díez de Revenga destacó en 2012 veintiún nombres de escritoras actuales de novela política, las cuales desarrollan una narrativa histórica desde la guerra civil hasta los desafíos del siglo XXI; mostrando asimismo un importante número de títulos de alto calado intelectual, excelente factura estética y profundo compromiso histórico-político. De esa nómina interesa hacernos eco de cinco novelas, cuyo planteamiento temático unifica la lucha e ideología republicana con lo puramente narrativo. Así pues, la académica Carme Riera, en *La mitad del alma* (2004) narra la búsqueda del pasado de la protagonista en la figura de un abuelo, diputado republicano en las Cortes de los años treinta pero, como indica el citado Díez de Revenga, también destaca «no solo la recuperación de los ambientes del exilio republicano en Francia, sino también la vida de la Barcelona de la posguerra de los vencedores»<sup>29</sup>. En la misma línea, Clara Sánchez recurre al exilio en *Lo que esconde tu nombre* (2010), conectando a la protagonista principal con un viejo republicano español, superviviente del campo nazi de Mauthausen y regresado a España desde Argentina con el propósito de desenmascarar a un antiguo nazi y ponerlo ante la justicia. Ambas obras se valen de la memoria, del recurso al pasado para engarzar el compromiso histórico-político republicano con el tema central de la obra<sup>30</sup>.

Paralelamente, la desaparecida Dulce Chacón trazó en *La voz dormida* (2002), obra clásica del compromiso político republicano, un retrato de la represión franquista contra los vencidos de la guerra civil. La autora, excelentemente documentada en la vida cotidiana de las cárceles franquistas (Burgos, Ventas), nos cuenta la intrahistoria de varias mujeres (Hortensia, Reme, Elvirita, Tomasa) desde los años previos al conflicto hasta 1939, incluidas sus luchas personales e ideológicas hasta acabar encarceladas tras la guerra. La extensa y fluida novela combina excelentemente la historia y la narración sin omitir las lecciones humanas que dan lugar a su escritura: guerrilla, condena a muerte, vida carcelaria... *La voz dormida* tuvo en su momento una

---

29 Francisco Javier Díez de Revenga, *La novela política. Novelistas españolas del siglo XXI y compromiso histórico*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2012, p. 90.

30 Acerca de la memoria en la novela, me remito al trabajo de Ana Luengo, *La encrucijada de la memoria. La memoria colectiva de la Guerra Civil española en la novela contemporánea*, Berlín, Tranvía, 2004.

excelente acogida de público y recuerda, asimismo, la historia de *Las trece rosas*.

No podía faltar Almudena Grandes, quizás la autora de mayor compromiso social, político y estético con la Segunda República y los valores que el régimen de 1931 representó en la Historia de España. En ese sentido *El corazón helado* (2007) lleva al lector desde el presente hasta los años previos a la guerra civil: el amor es el pretexto estético, pero esa relación amorosa entre una republicana y un nacionalista resulta finalmente el *leit motiv* histórico-político de la novela. Asistimos, pues, a la República, a la guerra y a la posguerra pero también a la reflexión sobre el exilio, ambiente del que forma parte la protagonista. Pese a su monumental extensión, se trata de una obra bien trazada y ágil mediante procedimientos que combinan la novela tradicional con la innovación estética más recurrida desde la novelística norteamericana. Su continuación —tal como la entiendo, a diferencia del profesor Díez de Revenga—, *Inés y la alegría* (2010), plasma una Historia de España entre la República y la Transición a través de Inés, la protagonista; además de ello, la mezcla de verosimilitud e historia —personajes ficticios que conviven con personajes históricos— viene a configurar una suerte de modernos episodios nacionales al estilo de Galdós.

Almudena Grandes, a quien la periodista de Tereixa Constenla atribuye acertadamente «una activa defensa de los valores de la Segunda República y una reivindicación de aquellos secundarios de la historia que lucharon por ellos»<sup>31</sup>, continúa esa suerte de nuevos *Episodios nacionales* con *El lector de Julio Verne* (2012), que narra el maquis y la lucha antifranquista en la serranía de Jaén; también en *Las tres bodas de Manolita* (2014), cuyo espacio será el Madrid hambriento de la posguerra, de las cárceles hacinadas y de los niños explotados, hijos de los republicanos que perdieron la guerra.

Por otra parte, la traductora Teresa Solana publicó en 2011 *Negras tormentas*, una novela policiaca que conecta el presente con la guerra a través de un brigadista inglés asesinado hacia el final de la contienda. Esta novela, prácticamente ignorada por la crítica, toma el verso inicial de *La Varsoviana* de Waclaw Swiecicki para su propio título

---

31 Tereixa Constenla, “Clarita y sus 800 nazis”, en *El País* (27-8-2017), p. 32.

y no abandona su propósito detectivesco en favor del político, pero sí manifiesta una elegante intencionalidad reivindicativa. Bajo un retrato de la Barcelona actual —con crítica social incluida—, en la novela se producen conversaciones tan reconocibles como esta:

«—A mi abuelo lo fusilaron en el treinta y nueve en el Camp de la Bota. Tenía veinticinco años —dijo finalmente.

Gabriel, con la vista aún fija en el volante, sacudió la cabeza.

—En aquella época, los dos bandos cometieron muchas barbaridades —dijo—. Es mejor pasar página.

—¿Mejor? ¿Mejor para quién? —replicó secamente Norma, desconcertada por las palabras de su compañero»<sup>32</sup>.

En 2015 se publicaron en España dos novelas debidas a la pluma de autoras extranjeras: Andrea Stefanovi y Lydie Salvayre. La argentina Stefanovi traza un relato a medio camino entre la España del final de la guerra y Argentina, en donde radicarán los protagonistas; la novela, con intensas dosis de memoria, que la nieta de la protagonista va deslavazando, reflexiona sobre el exilio de la gente común, salida a la que se vieron abocadas mujeres como la omnipresente Consuelo. Lydie Salvayre obtuvo el prestigioso Premio Goncourt con *No llorar*, que cuenta la historia de su propia madre y, como *La abuela civil española*, transcurre en parte en Barcelona, en el momento de las luchas entre anarquistas y comunistas; una ciudad, además, a la que llega desde Gerona y desde la que partirá igualmente al exilio.

## A modo de conclusión

La Segunda República aglutinó excelentes intelectuales en su entorno ideológico y político, algunos de los cuales han sido destacados narradores del siglo XX, como Francisco Ayala, Manuel Ciges Aparicio, Max Aub, Ramón J. Sender, Arturo Barea o el propio presidente Manuel Azaña; asimismo, antes de 1931 podemos contar en las filas del republicanismo al médico extremeño Felipe Trigo y, muy especialmente, a Benito Pérez Galdós. No es extraño, por tanto, que el conflicto de 1936 tuviera una presencia destacada en la narrativa

---

32 Teresa Solana, *Negras tormentas*, Barcelona, RBA, 2011, p. 113.

de la segunda mitad del siglo XX y formara parte de la temática de la novela posterior a 1939. Es evidente también que el trascendental episodio marcó a fuego a varias generaciones de españoles, entre las que hay que contar a los intelectuales, de ahí que las ideas republicanas —frustradas y cortadas de raíz por la guerra— formen parte del acervo cultural del siglo XX. Miguel García-Posada lo definió bien explicando la imposibilidad de una neutralidad ideológica ante la concepción de la obra de arte o ante la lectura de una obra literaria:

«La neutralidad ante la obra de arte constituye una visible hipocresía. Nunca somos neutrales. No es neutral dar el sí al Neruda poeta para negárselo al Neruda marxista. Tampoco es ser neutral adherirse sin reservas a uno u otro. Nuestra adhesión a la obra nunca es pura: va involucrada con otros intereses y es legítimo y necesario por parte del crítico el ponerlo de relieve en su discurso»<sup>33</sup>.

Aún más, algunos notables ensayistas de reconocido compromiso republicano caen en la intertextualidad, combinando ensayo y novela o, lo que es lo mismo, haciendo uso de lo narrativo para cubrir los pliegues que el ensayo o la historia no han podido completar. Por ello, quizás lo más indicativo de las nuevas corrientes del ensayo en España sea su proliferación en la novela; es decir, que resulte híbrido con la novela y con ello se renueven ambos géneros. El profesor Jordi Gracia incide en que «la contaminación de géneros y la plena conciencia literaria del ensayista son rasgos muy extendidos, como lo es la tentación de la interferencia y de lo híbrido»<sup>34</sup>.

En nuestros días las cifras acercan a quinientos el número de novelas sobre la guerra civil publicadas hasta 1975 y, como el lector ha podido colegir en este breve estudio, desde esa fecha hasta nuestros días podemos contabilizar en torno a otros doscientos títulos, la inmensa mayoría identificables con la República. Ello nos debe hacer

---

33 Miguel García-Posada, *El vicio crítico*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001, p. 94.

34 Jordi Gracia, *El ensayo español. Los contemporáneos*, Barcelona, Crítica, p. 81. Véase además de Natalia Álvarez Méndez, “Elementos ensayísticos en la novela actual: *Corazón tan blanco*”, en *Novela y ensayo. VIII Simposio Internacional sobre Narrativa Hispánica Contemporánea*, Puerto de Santa María, Fundación Luis Goytisolo, 2000, pp. 15-23.

reflexionar acerca de la importancia de la guerra en la novela histórica de nuestro tiempo, pero también sobre el exigente nivel ideológico y de compromiso de nuestros escritores, especialmente los más cercanos a la República.

Igual que otros órdenes y otros campos sociales, la novela contribuye, desde mi punto de vista, a la Memoria Histórica —con mayúsculas— recuperando en sus páginas los valores, acontecimientos y principios republicanos de 1931-1936 pero, también, con la recuperación de voces, testimonios y personajes que vivieron la República y la guerra, como se ha visto en las páginas precedentes. Por ello, parece romperse el vaticinio que Juan Eduardo Zúñiga introduce al inicio de *Largo noviembre de Madrid*, al inicio del relato titulado “Noviembre, la madre, 1936”:

«Pasarán unos años y olvidaremos todo; se borrarán los embudos de las explosiones, se pavimentarán las calles levantadas, se alzarán casas que fueron destruidas. Cuanto vivimos, parecerá un sueño y nos extrañará los pocos recuerdos que guardamos; acaso las fatigas del hambre, el sordo tambor de los bombardeos, los parapetos de adoquines cerrando las calles solitarias...»<sup>35</sup>.

Por tanto, han sido las nuevas generaciones de narradores, herederos de los viejos intelectuales republicanos, los que han venido a recordar y mantener el espíritu cultural e intelectual de la República a través de sus novelas.

El estudio que se ha desarrollado en estas páginas tiene su base en el trabajo de investigación con el que obtuve el Diploma de Estudios Avanzados (marzo de 2004) en la Universidad Autónoma de Madrid, paso previo para la obtención de mi doctorado. Aquel monográfico lo titulé *La guerra civil como tema en la novela actual. Lectura de tres autores* (2004), se centraba en tres novelas (firmadas por Juan Iturralde, Fernando Vizcaíno Casas y Joaquín Leguina) y pretendía trazar una visión de la guerra civil en la novela posterior a 1975 a partir de tres títulos identificables con los bandos contendientes y con lo que vino a denominarse *tercera España*. El tribunal calificador de aquel trabajo,

---

35 Juan Eduardo Zúñiga, *Largo noviembre de Madrid*, Madrid, Alfaguara, 1990, p. 11.

compuesto por los profesores de la UAM Tomás Albaladejo, Jesús Gómez y Francisco Caudet —este último, además, director del citado estudio—, destacó el valor de su anexo, un censo de novelas sobre la guerra civil publicadas desde 1975, muchas de las cuales, en esencia, se han citado aquí. Además, durante los inicios de mi doctorado y mientras era lector en Dartmouth College (EE.UU.) dediqué un amplio trabajo doctoral a *Volverás a Región*, de Juan Benet y a su estructura narrativa, cercana a la nueva novela francesa. La guerra civil ha sido objeto de estudio en varios de mis trabajos académicos dedicados a Rafael Chirbes, Joaquín Leguina y José María Merino, fruto de la inicial inclinación a identificar el tema en la narrativa actual.

Algunas de las tesis y valoraciones que sostengo en este trabajo se deben a reiteradas e instructivas conversaciones con narradores como Joaquín Leguina, cuya obra estudié con amplitud en mi tesis doctoral, Luis Garrido Martínez o Raúl Morales Góngora y a conversaciones con los profesores Francisco Caudet y Miguel García-Posada<sup>36</sup>. Así pues, de todo ello nació la inercia por identificar el republicanismo en la novela política de la guerra civil, acentuado especialmente desde la aparición de *Soldados de Salamina* en 2001. Se da la circunstancia de que todos ellos, con mayor o menor intensidad, deben tomarse como intelectuales cercanos a los valores que supuso la Segunda República, tal como demuestran sus obras científicas y narrativas y su trayectoria literaria y académica personal.

---

36 Es preciso citar la novela de Miguel García-Posada *La ausencia* (2010), en la que narra la opresiva atmósfera de un pueblo, en la posguerra, en el que conviven falangistas y republicanos silenciados.

